LOS CUENTOS POPULARES AL RESCATE

Antonio Rodríguez Almodóvar

El rescate de señas de identidad es uno de los signos culturales más paradójicos de nuestro tiempo. Se produce en plena era de la globalización, y seguramente por reacción contra ella. Superando también el pesimismo de la cultura, y frente al eclecticismo en que se debaten las artes convencionales, existe un impulso diáfano, incontrovertible, hacia las formas autóctonas, «naturales», del saber. Nunca, como ahora, se había conjugado tanto el verbo *recuperar*; y ello de un extremo al otro del llamado mundo civilizado. Esa cierta angustia del conocimiento contemporáneo que nadie se atreve a señalar con el dedo –acaso porque significa señalarse a sí mismo–, halla de pronto un centro de gravedad, una aquiescencia sin fisuras, cuando se trata de emprender una tarea etnográfica. Algo parecido sucede también con la arqueología, o con la paleoantropología. Todo el mundo está de acuerdo en que hay que ocuparse de esas cosas y cuanto antes mejor. En nuestro caso, ocuparse de las expresiones populares de todo tipo, las artesanías, las costumbres,

la literatura oral...

¿Pero por qué ocurre esto? ¿En tan poco valoramos nuestro presente? Entre ese amor al pasado y ese miedo al futuro, ¿no estaremos dejando de existir? La presión del consumo, la televisión basura, el retorno del conservadurismo disfrazado de múltiples maneras, el resurgir de los más variados espejismos de la metafísica: otra vez la nacionalidad, la superioridad étnica, la xenofobia, las violencias redentoras del señor Bush y sus acólitos... ¿dónde estamos? ¿Es posible en este panorama realizar esa tarea de recuperación y dignificación de la cultura del pueblo, intento que ya fracasó otras veces en la historia, cuando ahora parece tener más enemigos que antes todavía?

Por suerte, la etnología estructural, la lingüística, la semiótica, la psico-lingüística, y otras disciplinas más o menos afines, han avanzado lo bastante –aunque no todo lo que cabría esperar en un dominio interdisciplinar–, como para proporcionarnos al menos nuevos criterios y métodos de trabajo –por ejemplo los descubrimientos extraordinarios de V. Propp sobre el cuento maravilloso–, con los que recuperar la cultura de nuestros ancestros. Y aunque otra vez bajo la misma sensación que tuvieron nuestros antecesores –costumbristas, románticos o folcloristas–, de que ya se hace demasiado tarde, es curioso, en algo hoy hemos avanzado: en el método. Pero en algo hemos retrocedido: en que de esas expresiones de la cultura popular ya sólo nos queda, en muchos casos, la pieza para el museo, con sus correspondientes dosis de nostalgia o para adornos ocasionales en la actividad pública.

El problema entonces es para qué hacer esto. Para qué dedicarnos de nuevo a estos trabajos de Sísifo. Lejos del mero afán de coleccionistas –que tantos servicios presta al inmovilismo, por cierto– creo que, hoy más que nunca, po-demos, y debemos, restaurar y reutilizar los materiales folclóricos que todavía sean útiles en nuestro mundo. Desde las nanas, que prolongan el ritmo vital de la placenta para hacer más soportable la entrada en el mundo, hasta las adivinanzas, que nos descubren el valor más poético del lenguaje, el de la metáfora; pasando por los cuentos populares, transmisores de símbolos iniciáticos y ejercitadores de una gimnasia mental completa; o por las canciones, trabalenguas y retahílas, dotadas de esa gracia primigenia, con sus imágenes disparatadas que hacen pensar que el verdadero inventor del surrealismo no fue, ni mucho menos, André Breton, sino los corros de niñas en los atardeceres de nuestras aldeas.

Claro que la cuestión exige, de entrada, la ímproba ocupación de quitarle la carga negativa que todavía tiene la palabra *folclore*; quitarle de una vez la ganga franquista, limpiarla del mal uso que hicieron de ella tantos años de nacionalsindicalismo. Habrá que unir directamente a Machado y Álvarez con Lévi-Strauss, saltándonos todo aquello, y con V. Propp; y a Morgan con Caro Baroja, a las culturas autóctonas de España con los valores diferenciales de las autonomías. Pues, precisamente, y conviene recordarlo una vez más, el folclore es a un tiempo lo más local y lo más universal de la cultura (una paradoja desconcertante que, desde los hermanos Grimm, no deja de inquietar a los na-

cionalistas, y que la cultura universitaria «todavía» no ha sabido qué hacer con ella, lamentablemente). Pero al menos hoy, repito, contamos con los instrumentos científicos y los recursos técnicos con los que hacer bien nuestro trabajo.

Mi experiencia con los cuentos populares me dice que no es imposible recuperar y hacer revivir un fenómeno tan extenso y tan profundo como fue ése. Claro que habrá que buscarle nuevas funciones y nuevos ámbitos, como la escuela (donde por cierto, estuvieron prohibidos por congregaciones religiosas y por los pedagogos reaccionarios, que pensaban, y siguen pensando, que se trata de historias vulgares, groseras e inadecuadas, por tanto, para la correcta educación de los niños); también la lectura al filo de la cama, o la televisión y la radio, ¿por qué no? Siempre he dicho que el enemigo de la cultura no es la televisión, sino la mala televisión, y no olvidemos que muchos de los modelos arraigados de algunos cuentos, como Garbancito o La ratita presumida, proceden, hoy en día, no de las versiones de los abuelos, sino de las adaptaciones radiofónicas de los años 50.

En el primer caso, en el de la escuela, contamos con los programas de renovación pedagógica, llámeseles como se quiera, que justamente señalan el camino de las destrezas comunicativas del lenguaje, por encima de las gramáticas explícitas o de las historias de la literatura. Ahí tienen su sitio los aprendizajes folclóricos. En el segundo supuesto, creo que no debemos desdeñar la fuerza rehabilitadora que pueden tener los nuevos medios de comunicación, al servicio

cinematográfica de cuentos populares, en sus versiones más autóctonas, como ya hice para tres series de Canal Sur entre los años 94-97, o enseñar a jugar juegos perdidos, si no en el patio de mi casa, porque ya no lo tengo, sí en el de los museos etnológicos, en el recreo del colegio o en el mismo ayuntamiento los sábados y los domingos. Mas para eso, naturalmente, además de un espacio físico, hace falta una decisión política de la que, desgraciadamente, carece-mos. Como carecemos, después de tantos años de Autono-mías, de Centros Superiores de Estudios Folclóricos, o como se les quiera llamar, donde vuelva a recuperarse, a poner en valor activo, todo aquello que hizo posible una feliz convivencia de las gentes.

La segunda parte del problema es, pues, más de índole política, en el sentido habitual de esta palabra, pero también en el anglosajón del término, que se va imponiendo a través de un concepto tan controvertido como es el de «lo políticamente correcto».

Empecemos por el primero. Uno de los prejuicios que más hay que combatir es el que trata de asociar cultura tradicional con pensamiento reaccionario, pues en modo alguno los verdaderos y auténticos repertorios del folclore avalan esa apropiación indebida que el conservadurismo ha llevado a cabo sobre ellos, simplemente potenciando lo que le parecía bien y silenciando o tergiversando lo que le parecía mal. Muy al contrario, el verdadero folclore es trasgresor y heterodoxo, y muy buena parte de la poética de tradición oral puede ser considerada como poética de resis-

tencia del pueblo. A este respecto, por ejemplo, José Luís Abellán escribe: «Siempre que se habla de tradición en España, parece que las derechas se sienten llamadas con un sentido de propiedad exclusivista». El propio Menéndez Pidal, nada sospechoso, hacía esta advertencia: «Las izquierdas siempre se mostraron muy poco inclinadas a estudiar y a afirmar en las tradiciones históricas aspectos coincidentes con la propia ideología. Abandonaron íntegra a los contrarios la fuerza de la tradición. No se dieron cuenta de que ésta tiene aspectos reasimilables y fecundos en todos los tiempos». Y Ortega abordaba este aspecto fundamental, el de la acción formativa y civilizadora de la cultura de raíz, aunque no era precisamente su fuerte, diciendo: «Cuando hablamos de tradición, nos estamos refiriendo a la necesidad de entroncar nuestra acción individual y colectiva en unas raíces que podríamos calificar de auténticas». Todavía Fernando de los Ríos, al filo de la Guerra Civil, se pronunciaba por la obligación de todo intelectual a no perder el hilo de las tradiciones. Y Azaña abundó no poco en esa idea, particularmente a propósito de Don Quijote, como compendio del saber tradicional no metabolizado por la reacción. Ahí es nada. Habría que tirarles de las orejas a muchos políticos de la izquierda actual, y a muchos izquierdistas de salón que siguen denigrando el folclore en sus privilegiadas plataformas de opinión. No han entendido nada y, lo que es peor, vuelven a revalidar el aforismo machadiano: «Desprecian cuanto ignoran». A las comunidades autónomas hay que exigirles que espabilen de una vez por todas, en este asunto, y que concedan a las tradiciones po-

pulares los espacios y los recursos que se merecen: en la escuela, en la universidad, en la actividad de los museos, en la radio y en la televisión que pagamos todos, antes de que sea demasiado tarde; pues, de lo contrario, la historia no les perdonará.

La otra rama de este problema, la de lo políticamente correcto, es algo que también está haciendo verdaderos estragos en la cultura de todas partes, por imposición de unos modelos asépticos, incoloros e insípidos, y que, de seguir así, acabará enviando al baúl de los recuerdos, no ya las canciones populares y la literatura oral, sino muy buena parte de la literatura culta, con variados pretextos, entre los cuales algunos hay muy loables: el feminismo, la no violencia, la multiculturalidad, la lucha contra la xenofobia y el racismo, etc; pero no utilizándolos como coartadas pedagógicas con las que dejar fuera del conocimiento de los niños otros esquemas básicos, la realidad hasta que se tropiecen con ella, desvalidos de toda preparación y con muchas opciones de convertirse en inadaptados sociales. Todas aquellas causas son bien nobles, pero no deben usarse para amparar la extensión de ideologías neoconservadoras, y en particular, la globalización, principalmente en el sentido de esa cierta homogeneización ideológica que nos fuerza a todos a ver el mundo como una amable comedia de Hollywood, entre una guerra y otra. O a leer todos los mismos libros, cantar las mismas canciones y moldearnos con las estrechas quimeras del modelo *neocon*, la más peligrosa de las cuales es la que tiende a hacernos creer que libertad de comercio es igual a libertad de conciencia. Bajo ese prisma

es como se está moviendo en buena medida, y por ejemplo cercano, el universo editorial de los libros infantiles.

No se crea, sin embargo, que el fenómeno es nuevo. En realidad es la culminación de un largo proceso. En lo que a nuestra materia se refiere, la de los cuentos populares, ya ocurrió en tiempos de los hermanos Grimm. Como se sabe, la motivación nacionalista de esos dos grandes filólogos acabaría conduciéndoles a una brutal contradicción. Pues por una parte defendían que Dios habla a través de la cultura popular (ya hay que ser atrevidos), y, por otra, esa cultura había de ser la del campesinado alemán de su tiempo. Pues bien, aparte de que se colaron en su colección dos cuentos netamente franceses (nada menos que *El gato con botas* y *Caperucita Roja*), todos los demás cuentos resultó que existían en todas las demás culturas europeas, sólo que nadie los había llevado a la imprenta, o no en la forma en que ellos lo hicieron. Pero hay más: el respeto que los Grimm sentían por las auténticas formas de la expresión popular les hizo cobijar cuentos que chocaron frontalmente con la ideología pequeño burguesa de su entorno, que los consideró inconvenientes, burdos y groseros, por numerosos motivos. Claro que eso ocurrió sólo en la primera edición, la de 1812. A partir de ahí, ellos mismos eliminaron, suavizaron o corrigieron muchos cuentos de su propia colección. Es una triste historia, pero es una historia real.

Para entender el alcance de esas mutilaciones y marginaciones hay que llegar a finales del XIX y primera mitad del XX, en que por fin los primeros folcloristas-positivistas

rue y sus colaboradores, o en España los Aurelio M. Espino-sa, padre e hijo, y antes Antonio Machado y Álvarez y su círculo, o de Joan Amades en el ámbito del catalán, propor-cionaron nuevos repertorios tomados en directo de la tradi-ción oral viva, sin contaminación de las tradiciones cultas paralelas, y de informantes generalmente analfabetos, que no incultos. (Gracias a la antropología cultural, hoy ya sabe-mos que se pueden tener una o varias carreras universitarias y no ser precisamente culto, y al contrario: personas que siguen teniendo dificultades lectoescritoras reúnen en su feliz memoria una extraordinaria cantidad de conocimientos útiles y divertidos para la comunidad.)

De muchas maneras se puede enfocar ese carácter trasgresor, heterodoxo y antiburgués de los cuentos popula-res, lo que les ha hecho parecer muchas veces como historias inconvenientes para la «correcta» educación del niño, es decir, políticamente incorrectos, cuando en la realidad de la vida cultural tuvieron justamente el sentido contrario: socializar y preparar a los niños para una útil y divertida comprensión del mundo. Claro está que no de cualquier manera, y mucho menos de manera doctrinaria, como sue-len hacer las pedagogías reaccionarias, sino a través de lo que venimos llamando la *pedagogía «natural» del folclore*. La base de esta pedagogía es, o era, el desarrollo de la fun-ción evocativa del lenguaje, que a su vez es la suma de otras tres funciones que tienden a desaparecer en la comuni-cación culta: la función simbólica, la función afectiva y la función lúdica. De símbolos, de afectos y de juegos, pues,

va la cosa. O lo que es lo mismo: de aprendizaje a través de imágenes o secuencias narrativas laboriosamente cons-truidas, de perfiles fuertes y conflictos tremendos, que es-conden otras y otras lecturas, y que la mente laboriosa del niño ha de descubrir (no encontrárselas a la fuerza en la moraleja o en historias edificantes y anodinas); de relaciones afectivas con la persona o el grupo que nos hace participar en esas expresiones colectivas; y de pasarlo bien, jugando, cantando o dejándose fascinar por un maravilloso cuento maravilloso, pongamos por caso, *Blancaflor*, o un atrevido cuento de costumbres, como *La niña que riega las albahacas,* o un encantador cuento de animales como *El gallo Kirico.*

La primera de esas maneras lo es como estructura profunda, de articulación oculta del sistema, como corresponde a toda buena gramática. Esa articulación gira en torno al número 3 y al número 2, a planteamientos triangulares y duales, que están en las bases de todo el conjunto. Para empezar, los cuentos se clasifican en tres grandes grupos: *maravillosos, de costumbres y de animales*. Los primeros eran conocidos por nuestros campesinos como «cuentos de encantamiento», y por las clases cultas como «de hadas» (expresión impropia y extranjeriza). Cada uno de esos grupos, en segundo lugar, comprende varios ciclos, que son nuevos agrupamientos de cuentos de temática similar. Y, finalmente, cada uno de esos cuentos es lo tercero, es decir, las versiones concretas que alguien nos cuenta. Dentro de cada cuento, y para revalidar esa estructuración –que, entre otras cosas, es más útil a la memoria que las que tienen

buena profusión de elementos en número de tres: tres hijos de un rey, tres pruebas difíciles, tres hermanas que viven enfrente del palacio, pero sobre todo tres secuencias narra-tivas fundamentales: carencia inicial, intriga del conflicto, solución final.

La estructuración dual es todavía, si cabe, más interesante. Uno de mis descubrimientos más gozosos es precisamente el hecho de que muchos cuentos poseen un contracuento, esto es, una versión contraria, que se le opone en lo semántico, pero basándose en la misma estructura narrativa. Otras veces son series completas las que se enfrentan a otras series completas. Pero más fino todavía: hay cuentos, que suelen pasar inadvertidos, que contravienen punto por punto los esquemas simbólicos acarreados por grandes grupos de cuentos. En el seno de estas radicales antagonías se alojan, a su vez, los elementos más discordantes para la mentalidad pequeño burguesa, los rasgos de humor fuerte, el miedo atronador, las escatologías y ventosidades varias, y tanto en la forma como en el contenido del cuento. Señalemos esquemáticamente algunos casos significativos.

Cuento y contracuento

El gallo Kirico / El medio pollito
La bella durmiente / El príncipe durmiente
La asaúra del muerto / La Media Lunita
Los tres trajes / La flauta que hacía a todos bailar

Ciclos de cuentos opuestos

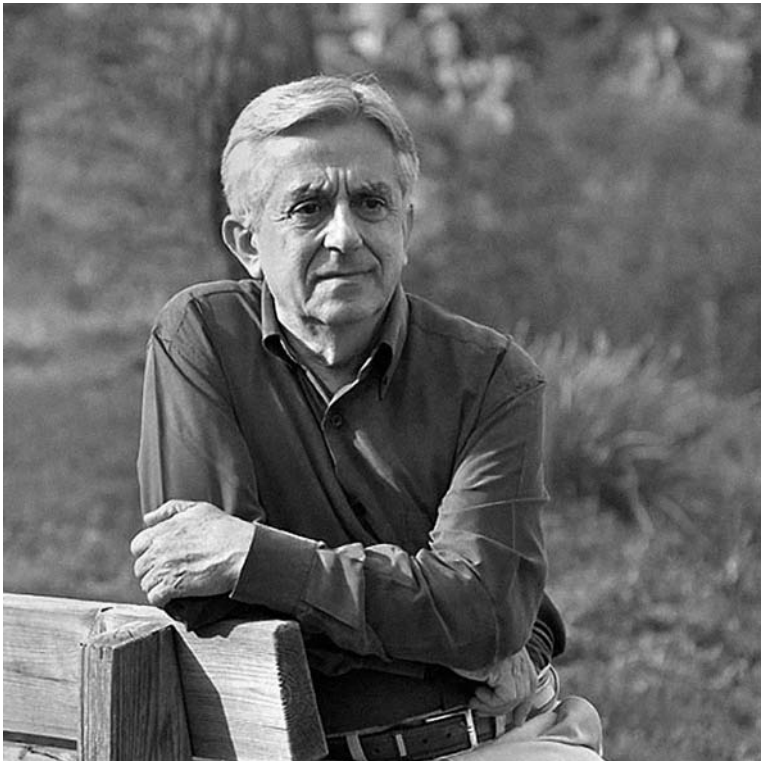
La princesa encantada / El príncipe encantado

Cuentos de tontos / Cuentos de pícaros
Niños valientes / Niños en peligro
Cuentos del lobo / Cuentos de la zorra

Cuentos especialmente trasgresores

La niña que riega las albahacas
Un pobre rey
El zorro confesor
El príncipe desmemoriado
Cuentos de frailes, curas y monjas
(generalmente eróticos)

Se comprende fácilmente por qué la mayoría de estos cuentos no han conocido la estampa. Y si lo han hecho ha sido en colecciones científicas minoritarias. Pero se comprende también por qué son los que más gustan cuando consiguen romper el círculo de hierro de la cultura oficial. Pero lo más esperanzador de todo es con qué naturalidad los niños de hoy los aceptan, como pasó en otras épocas, confirmándose una vez más que, bajo esa apariencia rústica que tienen muchas veces, se esconden –atención– las historias más intemporales que el pueblo ha construido en su larga, paciente y mal comprendida inteligencia, que no es otra que la inteligencia crítica frente al poder, la inteligencia liberadora frente a los límites de la condición humana, y la inteligencia divertida frente al enigma de la existencia. Mucho nos queda que aprender de todo ello. Espero que no sea demasiado tarde.



Antonio Rodríguez Almodóvar. Doctor en Filología Moderna, narrador, ensayista, poeta, guionista de TV, autor dramático, columnista... Como ensayista y narrador ha hecho una importante contribución al rescate de los cuentos hispánicos de tradición oral. Entre sus muchos galardones destaca el Premio Nacional de Literatura Infantil, 1985.